

No menos la carta del padre Miranda que la respuesta dada á ella por D. Leonardo Márquez, vienen en apoyo de lo que dejó manifestado; esto es, que entre los jefes del partido conservador y el gobierno español, no existían relaciones ningunas políticas.

»disensiones, tiene V. el mismo convencimiento que yo, es decir, que no lo podríamos obtener con nuestras propias fuerzas. En este concepto paso á darle á V. una idea exacta de la intervención europea que ya tenemos sobre nosotros; advirtiéndole de paso, que lo que le diga á este propósito, no lo debe tomar como el juicio privado de un hombre que juzga de las cosas por sus propias inspiraciones ó deseos, sino como la expresión verdadera de lo que realmente pasa. — Dura cosa es en verdad, que las naciones europeas pongan la mano sobre nosotros y sobre nuestros negocios, pero cuando esto es ya un hecho inevitable y la consecuencia natural de nuestros pasados extravíos, la razón natural aconseja y las mismas ideas del patriotismo indican, que debemos aprovecharnos de esta circunstancia para hacerla menos sensible, convirtiéndola en positivo bien. Al pisar nuestro suelo las fuerzas extranjeras llevan dos objetos: el primero es buscar una satisfacción de los agravios, justos ó injustos que entienden haber recibido de nosotros; y el segundo es, asegurar para el porvenir los intereses y las personas que la Europa tiene comprometidos en nuestro país. La primera parte es la menos difícil; es cuestión en la actualidad más de la fuerza que del derecho: Méjico no tiene que hacer más que satisfacer y pagar á los poderosísimos acreedores que le piden cuentas. En la segunda parte de la cuestión está la dificultad, y la que debemos ver con mucha atención el modo de resolverla; porque envuelve nada menos que el gran negocio de nuestro ser político y todos los demás que le están subalternados. Bajo este concepto, señor general, yo aseguro á V. sobre mi palabra, que siempre ha sido la expresión de la lealtad y de la franqueza, que los gobiernos aliados no tienen hasta el día, la menor aspiración de conquista, ni de rebajar en lo más mínimo nuestra independencia. Al procurar sus intereses, buscan, si bien se mira, los nuestros; porque nosotros hace muchos años que andamos en pos de un orden político que no hemos podido obtener, y hemos anhelado la paz y la seguridad que han desaparecido completamente, sin que podamos al menos prometernos recobrar esos bienes en medio de tantas aspiraciones inícuas, en medio de tantos errores políticos y sociales y en medio de esa inmoralidad y perversión que nos consume. Ya V. ve, cómo, en último análisis, lo que la Europa quiere es lo mismo que nosotros queremos. Si nosotros no nos aprovechamos de la

Esta es la verdad; y sin embargo, con la incesante repetición de los periódicos progresistas de que España aspiraba á la reconquista de Méjico, muchos hombres de estado de los Estados-Unidos, llegaron á persuadirse de que la aseveración era cierta. El ministro norteamericano cerca del gobierno de Juarez, Mr. Carlos Corwin, en despacho de 29 de Noviembre á Mr. Seward, refiriéndose á los proyectos de intervención,

»ocasión que se nos presenta para constituirnos sólidamente, ó nos debemos resignar á perecer bajo el bárbaro partido que representa Juarez, ó á ser presa tarde ó temprano del Norte. No hay que buscarle á la presente dificultad otras soluciones, porque no las tiene. — He dicho á V. en pocas palabras todo el asunto, en el que veo la causa de la nación no menos que la gloria de V. mismo tan acreedor á coronarse de laureles y á quien tanto le debe la patria. Si V., como no puedo dudarlo, está resuelto á cooperar al fin en que los gobiernos aliados y nosotros estamos de acuerdo, sírvase V. decírmelo por el mismo conducto que reciba la presente, así como todo lo demás que piense sobre el particular. — No creo por demás advertirle, que se desea que todo se haga sobre la base de la voluntad nacional, procurando antes sacarla de la esclavitud demagógica que la comprime. A este objeto deben dirigirse todos nuestros esfuerzos por de pronto, procurando que las fuerzas con que contamos se conserven á todo trance y estén listas para ocupar la capital en el caso muy probable de que sea desocupada al aproximarse las fuerzas extranjeras. — En este mismo sentido escribo á mi particular y digno amigo el señor Zuloaga; pero como temo que se extravíen mis cartas sin embargo de que las he duplicado y remitido por diferentes conductos, suplico á V. que le comunique la presente, que á su vez hago igual encargo para V. á dicho señor. — Deseo á V. toda felicidad y me repito su afectísimo amigo S. S. Q. B. S. M.

»—Francisco Javier Miranda.»

CONTESTACIÓN

«Señor Dr. D. Francisco Javier Miranda. —Ixmiquilpan, Diciembre 18 de 1861. —Muy señor mío y apreciable amigo: —A mi regreso de una expedición que acabo de hacer por el departamento de S. Luis Potosí, he tenido el gusto de recibir la estimable carta de V. fecha 22 de Noviembre, que ahora me honro en contestar, sintiendo no haberlo hecho antes, porque no llegó á mis ma-

decía: que «Inglaterra tomaría posesión de los puertos, y las escuadras española y francesa cooperarían con la suya. Nada podía decir de las miras de Francia; en cuanto á España, convenía con el ministro de los Estados Unidos en Madrid, en que deseaba volver á dominar en Méjico para establecer una monarquía. Creía que Inglaterra haría arreglos de aduana por las

»nos con la oportunidad debida. — He leído este importante documento repetidas ocasiones y con toda la detención y cuidado que merece, y mientras más lo leo, más me convengo de las verdades que contiene; encontrando tan bien dilucidada la cuestión, y tan perfectamente explicado todo, que ni deja la menor duda, ni queda nada que contestar. Y como por otra parte es proverbial el vasto talento de V., su acenlrado patriotismo, su decisión por la buena causa, y sus profundos conocimientos en política, considero que al hablarme V. en los términos que lo verifica, es porque se ha puesto ya en todos los casos, y ha visto que puede realizarse el pensamiento de las naciones de Europa respecto de nuestro país; así es que me abstendría de decir á V. una sola palabra sobre el particular, si no fuera porque tan bondadosamente se sirve ordenarme que le diga lo que pienso á este respecto. Mis creencias religiosas y políticas, el amor que tengo á mi patria, y la resolución firme que abrigo de morir defendiendo su independencia y su decoro, son generalmente conocidas en mi país, y creo que no se ignoran en el extranjero donde he sufrido las penalidades del destierro, antes que ceder un ápice en mis convicciones. Además, señor, V. es testigo de que al bienestar de la república he sacrificado mi amor propio, mi orgullo militar, y mi libertad, encerrándome voluntariamente en una prisión de estado, víctima de una administración inconsecuente é ingrata, antes que turbar la paz de la nación, no obstante que contaba con todos los elementos para ello. Y finalmente, señor, V. ha presenciado que cuando al expirar el gobierno del señor Miramon, todos mis compañeros abandonaron la empresa, dándose por vencidos, yo me lancé á la arena con mayor entusiasmo, empuñando la bandera de la reacción, que he sostenido con vigor y constancia á pesar de las dificultades invencibles que se me han presentado y luchando con todo género de inconvenientes, cada vez más decidido á salvar á mi patria ó á perecer en la demanda. — Siento mucho, señor doctor haber tenido que hacer esta ligera reseña de mi conducta; pero era preciso para demostrar á V. que ni he deseado jamás otra cosa que la felicidad de mi país ni he perdonado nunca medio alguno para conseguirla, poniendo

justas reclamaciones de las tres potencias; pero que no consentiría intervención alguna en los asuntos del interior de la república; que si Francia ayudaba á España, ésta lograría su objeto, pero que sola no podría conseguirlo; que era tan grande el orgullo nacional de Méjico, que nada le haría someterse, sino una prueba convincente de la debilidad del país; que en el *ulti-*

»de mi parte cuanto me ha sido posible. Así es que, mejicano como el que más lo sea, no pasaré nunca por nada que mancille en lo más pequeño la dignidad de Méjico; pero tampoco me opondré jamás á lo que pueda contribuir á su dicha, y antes bien trabajaré en este sentido, porque es el deber de todo hombre honrado. — Supuesto, pues, que la intervención Europea no tiene ya remedio, porque está puesta en ejecución como la consecuencia natural de nuestras revoluciones. Atendiendo á que no queda otro arbitrio que convertir este acontecimiento en positivo bien para nuestro país aprovechando la oportunidad que se nos presenta para constituirnos sólidamente. Y teniendo presente que las naciones de que se trata, no abrigan la idea de una conquista, ni piensan menoscabar en lo más pequeño la independencia y la dignidad de Méjico, sino que sólo quieren asegurar las personas y los intereses que aquí tienen comprometidos, estableciendo un orden de cosas duradero, que es lo mismo que nosotros hemos pretendido siempre, creo, señor doctor, que por parte de los hombres de bien, y de los que amen verdaderamente á su patria, no puede haber obstáculo que se oponga, supuesto que se trata del bien de ella. Pero como desgraciadamente los demagogos han de tocar todos los resortes que puedan para tergiversar la cuestión, presentándola como uua dominación á mano armada, y pretendiendo probar su dicho con la presencia de las tropas extranjeras que llegarán á ocupar la capital de la república, yo encuentro aquí precisamente la dificultad, porque como V. sabe, se puede encender el amor patrio, estimular el orgullo nacional y convertir en guerra de conquista, lo que no es más que una intervención amistosa, en cuyo caso, señor, V. comprenderá fácilmente que nos perdemos y perdemos á la nación en lugar de salvarnos todos, porque créame usted, señor doctor, que lo que es posible conseguir con la razón, es imposible alcanzar con la fuerza, por muchas que sean las tropas de que pueden disponer las naciones de Europa. V. conoce nuestra extensión territorial, y sabe usted bien lo acostumbrados que están nuestros paisanos á la guerra de guerrillas, que sería interminable. Por lo mismo creo, señor, que si verdaderamente se desea la felicidad de nuestro país, es indispensable tratar este nego-

matum enviado por Mr. de Saligny pedía la ingerencia de Francia en los puertos mejicanos.»

No seré yo el que haga injusticia á los habitantes de Méjico de falta de patriotismo. Entre los hijos de aquel país podrá haber, como los hay en todas partes, errores políticos, pero nunca actos de traición á la patria por ninguno de los bandos que se disputan el poder.

1861. Muchos jefes conservadores se pusieron
Noviembre. en aquellos días á disposición del gobierno de Juarez para estar dispuestos á combatir contra cualquiera agresión extranjera. Entre esos jefes se contaban los generales Negrete y D. Francisco Velez, ambos militares de instrucción y de valor. Si otros de igual importancia á ellos se mantuvieron hostiles al gobierno, no fué porque abrigasen menos patriotismo, sino porque, puestos unos fuera de la ley y á precio

»cio con un tacto y una delicadeza extremadas. Nada de imponernos condiciones; nada de intervenir las armas extranjeras. Déjese á la nación que
»se constituya libremente según su voluntad: concédase al nuevo gobierno
»el tiempo necesario para organizar un cuerpo de ejército, y la destrucción
»de los demagogos, el restablecimiento de la paz y la conservación del
»orden, nosotros podemos alcanzarlo con nuestras propias fuerzas; haciendo
»efectivas las garantías que deben disfrutar los extranjeros en sus personas
»é intereses, en todo país civilizado y bien constituido; y cumpliendo todos
»nuestros compromisos con las demás naciones. Acatando la muy respetable
»orden de V. le he dicho mi parecer con toda la franqueza de un soldado,
»pero creo, señor doctor, que V. encontrará en cada una de mis palabras el
»más refinado patriotismo, y el más grande deseo de ver á la nación pacífica
»y feliz, progresando como merece, para llegar á ocupar entre los demás
»pueblos del mundo el lugar distinguido que le está señalado por el dedo
»de Dios. Si para alcanzar este bien pueden servir de algún modo mis es-
»fuerzos, y mis sanas intenciones, tenga V. la bondad, señor doctor, de
»darme sus juiciosos consejos, seguro de que los escucharé, sacrificándome
»gustoso por mi patria si fuere necesario.—Tengo el honor de repetirme
»de V. su afmo. amigo y atento servidor Q. B. S. M.—L. Márquez.»

sus cabezas, y otros, no queriendo prescindir de la defensa de sus principios hasta no ver el giro que tomaba la cuestión extranjera, permanecían en observación de los acontecimientos. Si la intervención tenía por objeto lo que el padre Miranda aseguraba, esto es, hacer que los pueblos eligieran libremente un gobierno, sin que coartasen su libertad ninguna de las dos fuerzas beligerantes que se disputaban el poder, la apoyarían para que la paz y el orden se establecieran sólidamente; pero si llevaba la más leve mira de dominación, la combatirían.

Pero no ya idea la más leve de reconquista había cruzado por la mente del gobierno español en sus diferencias con el gobierno de D. Benito Juarez, sino que ni aun la de intervención fué suya. Desde 1858 se habían ocupado Inglaterra y Francia, del pensamiento de una monarquía en Méjico, en vista de la situación que guardaba la república, cuyo gobierno, según esas dos naciones, no podía dar garantías, por el estado continuo de revolución, á los súbditos de sus respectivas naciones allí establecidos ni á la misma sociedad mejicana que anhelaba la paz. El emperador Napoleón III y los lores Clarendon y Palmerston habían hablado sobre lo conveniente que sería, no solo para que á la sombra de la paz prosperase la nación mejicana, sino también para poner, siendo fuerte, un dique poderoso que impidiese la marcha invasora de los Estados Unidos sobre las ricas provincias de Méjico más próximas á ellos. Pareciéndoles que el pensamiento, si se llevaba á cabo, produciría brillantes resultados, convinieron en promover el negocio, que requería

tres cosas dijo el emperador de los franceses á D. José Manuel Hidalgo, «un ejército, millones, y un príncipe.» El que pareció que reunía las circunstancias que deben distinguir á un buen soberano, fué el duque de Anmale. Lord Palmerston le habló del asunto con vivo interés; pero se negó á la solicitud. Napoleón hubiera visto con gusto que se manifestase dispuesto á aceptar, pues siendo el miembro de la familia de Orleans que más contrario á él se mostraba, habría querido verle alejarse de Europa. Asuntos de diverso interés ocuparon luego á cada una de las dos naciones que habían indicado la idea referida, y todo quedó en proyecto por entonces. El pensamiento de la erección de la monarquía y de la intervención volvió á brotar á consecuencia de nuevas diferencias entre el gobierno francés y el de D. Benito Juárez, no menos que de varios hechos que disgustaron á la Inglaterra, de las opiniones vertidas en sus cartas al gobierno de las Tullerías por los ministros de Francia que habían estado en Méjico, y del anhelo de poner coto políticamente á la ambición de territorio mejicano de parte del gobierno de

1861. los Estados Unidos, ocupado entonces en Noviembre. oponerse á los avances de los confederados que habían alcanzado una gran victoria el 25 de Julio en Bull Run, y otra el 10 de Agosto en Springfield. A dar fuerza á la idea de la intervención contribuyeron las numerosas cartas escritas en Méjico por personas respetables por su capacidad y posición social, en que manifestaban á los mejicanos que se hallaban en Europa, la situación triste en que se encontraba el país, la ansiedad de paz que los pueblos tenían, y el

temor que la sociedad abrigaba de que tras la sangrienta lucha civil con que los partidos que se disputaban el poder ensangrentaban el suelo de la patria, viniese la guerra de castas de que habían sido ya teatro Yucatan y otros puntos.

La dolorosa pintura en que se presentaba el estado de verdadera anarquía en que se encontraba la nación más favorecida por la naturaleza en América, arruinadas sus hermosas fincas de campo, paralizado su comercio, inseguros sus caminos, pesando las funestas consecuencias de la interminable guerra civil sobre la clase laboriosa del país, sin esperanza de que ninguno de los partidos pudiera dominar á su contrario, ni que terminasen sus diferencias por un convenio que diera al país la tranquilidad anhelada, hizo que varios de los mejicanos que había en Europa, conservadores en su mayor parte, bien relacionados en las cortes en que residían, se apresurasen á aprovecharse de las reclamaciones, para fomentar la idea de la intervención. De esta manera se proponían, á la vez que evitar males á su patria con las reclamaciones que Inglaterra y Francia tenían resuelto hacer enviando escuadras que bombardeasen los puertos, que se estableciese, á la sombra de esas grandes potencias, que tenían interés en la paz de Méjico, un gobierno sólido que, llenando las necesidades de la sociedad, condujese á la nación por la senda de la prosperidad, del orden y del verdadero progreso.

Animados de este deseo, los mejicanos trabajaron con empeño para conseguir el objeto de una intervención protectora, y Napoleón acogió benévolamente el

pensamiento. La empresa le lisonjeaba, no sólo porque con el establecimiento de un gobierno firme, los pagos de la deuda seguirían su marcha conveniente, sino también porque abrigaba la esperanza de que por ese medio podría adquirir la Sonora, á donde se creía que se extendían las vetas de Vashoe, nombre que se daba á unas minas de plata que se descubrieron en la parte de la Sierra Nevada de California, y de cuya riqueza se tenía en Francia una idea muy exagerada, por los informes que la legación francesa en los Estados Unidos había dado á su gobierno.

Acogida favorablemente por el emperador de los franceses la idea de la intervención, preguntó á los que la solicitaban, cuál era el candidato en que habían pensado para ofrecerle el trono, pues S. M. ni tenía ninguno, ni aun cuando lo tuviera era cosa que le correspondía proponer. Como los mejicanos que habían trabajado en aquel asunto deseaban que el príncipe que ocupase el trono de Méjico fuese extraño á los afectos de nacionalidad con cualquiera de las poten-

1861. cias interventoras, fijaron su elección en
Noviembre. el archiduque Maximiliano de Austria.

D. José Manuel Hidalgo, que fué el primero de los mejicanos que hallándose en Europa, inició la idea de que fuese el expresado archiduque el personaje á quien se ofreciese la corona, expone en sus *Apuntes para escribir la historia de los proyectos de monarquía en Méjico*, las razones que se tuvieron en cuenta para esa elección. «Elegir un príncipe de alguna de las naciones interventoras,» dice, «habría sido impolítico; esto »salta á la vista. Lo más natural, lo más cuerdo, lo más

»acertado, era volver la vista atrás y recordar el plan »de Iguala, proclamado por Iturbide, en que se llamaba al trono de Méjico, entre otros, á un archiduque de la casa de Austria.

»El nombre del archiduque Maximiliano se presentaba naturalmente en esta coyuntura, atento á que »había adquirido cierta popularidad en Europa por »sus ideas de progreso, y por sus tendencias durante el »tiempo que gobernó la Lombardía y la Venecia. Todo »lo que de S. A. I. y R. se sabía, nos llevaba á creerle »el más á propósito para la regeneración de un país trastornado por cuarenta años de una sangrienta anarquía.

»No creemos equivocarnos al asegurar que cualquiera que hubiese sido el príncipe elegido por Méjico, aun de esas dinastías notoriamente hostiles á la »gloriosa que reina en Francia» (D. José Manuel Hidalgo escribió esto en 1858) «el emperador no se »habría opuesto á su elección. Lo que no ha querido »nunca el emperador, lo que nos dijo desde el momento »con toda claridad, es que la Francia no había de ir á »imponer á Méjico ningún candidato. Una cosa era »reconocer las prendas del que Méjico intentaba proclamar, y otra el compromiso de ponerle en el trono »por la fuerza de la Francia. Así esta cuestión debía »ser exclusivamente mejicana: á los mejicanos tocaba »sondear al archiduque y proclamarle; y á la Francia »mostrarse generosa en todo aquello á que no se opusiesen sus intereses; pero nunca llevar á Méjico un »plan político en la punta de las bayonetas.

»Esta es la verdad: así surgió la candidatura del »archiduque Maximiliano.